

espantosa roca, sin otro alimento que algunas raíces insipidas y amargas: hé aquí cuál fué la vida de esta mujer delicada, criada en los placeres, educada, por decirlo así, en la mundanidad, pero verdaderamente convertida. ¡O qué bello y excelente modelo de penitencia! pero ¿se encuentran el día de hoy muchas copias de un modelo tan perfecto? Encuéntranse innumerables que imitan á Magdalena pecadora; pero muy pocos que imiten á Magdalena penitente. Una confesion muy superficial, una contricion muy dudosa, una penitencia muy lijera, seguida de una vida toda mundana, alguna vez mas deliciosa, siempre muy indevota; hé aquí á qué se reduce la pretendida conversion de la mayor parte de los pecadores de nuestros dias. ¿Y despues de esto se muere tranquilo?

Ea, Señor, no permitais que este gran modelo de conversion no sirva mas que para hacerme mas culpable. Concededme la gracia de que no solo deteste verdaderamente mis pecados, sino tambien la de que mi penitencia sea una prueba de mi sincera conversion, y una señal del perdon de mis pecados.

JACULATORIAS.

Renovad, Señor, en mí aquella pureza de corazon, y aquella rectitud de espíritu, que son las señales de una verdadera penitencia. *Salmo 50.*

Vuestra indignacion, Señor, no seria posible que se ensangrentase contra un corazon contrito y humillado. Dadme, pues, esta contricion verdadera, y este espíritu de penitencia. *Salmo 50.*

PROPOSITOS.

1.º No os contenteis con admirar en la Magdalena un modelo perfecto de una verdadera conversion; imitad un tan grande ejemplo. No basta haber detestado verdaderamente todos vuestros pecados, haber hecho una buena confesion, haber aun reformado vuestras costumbres y mudado de vida; es preciso añadir la mortificacion y la penitencia, si quereis perseverar. *No dejeis de temer, aun por el pecado que está perdonado*, dice el Espíritu Santo. Aun cuando estuviéreis tan seguros como la Magdalena, de que Dios os ha perdonado vuestros pecados, no dejeis de temer con un temor acompañado de confianza en Dios, al mismo tiempo que de una santa severidad en vuestras costumbres.

2.º No paseis dia alguno de vuestra vida sin hacer actos de contricion por vuestros pecados pasados, y sin practicar tambien algun ejercicio de penitencia. Estableced mortificaciones para todos los años, algunas para todos los meses, otras para todas las semanas, y usad alguna todos los dias.

VIERNES DE PASION.

La Iglesia en el oficio de la misa de este dia nos anuncia ya de un modo mas expresivo la pasion y la muerte del Salvador, para cuya celebracion quiere que nos preparemos durante los ocho dias que la preceden.

El introito de la misa está tomado del salmo 30, que es una oracion humilde, afectuosa, llena de con-

fianza, que David hace á Dios en medio de sus mayores aflicciones, y cuando se veia en el mas inminente peligro de su vida. Viéndose David en medio de sus enemigos, sin esperanza de evitar la muerte que Saul habia decidido darle; abandonado de sus deudos y de sus amigos, que no se atrevian á declararse por él; habiéndole proscrito Saul, ya sus enemigos no le guardaron mas consideraciones, y los grandes entraron en la pasion del principe. ¿Qué figura mas marcada, dicen los padres, de Jesucristo en su pasion?

Compadeceros, Señor, de la extrema afliccion en que me veis sumergido. Libradme, Señor, y sacadme de entre las manos de mis enemigos, que encarnizadamente me persiguen con el designio de perderme; no pase yo por el rubor de verme abandonado de vos, despues de haber invocado vuestro nombre. Yo he esperado siempre en vos, Señor; no tenga jamás la confusion de haber esperado en vano, antes bien ármeos en mi favor vuestra justicia. Se ha observado ya en otra parte, que, habiéndose aplicado Jesucristo el sexto versículo de este salmo, nos ha significado con esto bastante que las persecuciones de David eran la figura de las suyas.

La epistola corresponde perfectamente al salmo: está formada de las palabras del profeta Jeremias, quien, representando tambien la figura de Jesucristo, pide ser libertado de sus enemigos. Predice que los que abandonan á Dios serán confundidos, y que los que se retiran de él serán escritos en la arena, para ser inmediatamente borrados.

El profeta Jeremias recibió orden de Dios para que anunciase al pueblo judío, al rey, á los grandes de la corte, y á los sacerdotes, las desgracias que dentro

de poco tiempo debian afligir á la ciudad de Jerusalem y á toda la nacion. Dábales asi el Señor este aviso por medio de su profeta, para moverles á que aplacasen por la penitencia á la justicia divina, justamente irritada por la corrupcion general de las costumbres; mosáronse empero de la profecía y del profeta. Despues de haber amenazado al pueblo con su ruina próxima y con la cautividad, y siempre inútilmente, atacó á los grandes del país, á los mismos sacerdotes, á los doctores ó intérpretes de la ley. Todos vivian entregados á una corrupcion tan general, y de tal modo endurecidos en la impiedad, en la idolatria, en la avaricia, en la dispacion, y en todo género de disoluciones, que de nadie fué bien recibida la verdad, é irritándose todos contra el que se la anunciaba, y que trataba de inclinarlos á la penitencia para apartar los males de que estaban amenazados, dieron en perseguirle de la manera mas cruel, y desde entonces formaron el designio de perderle. No se desanimó por esto el profeta. Viendo que no se le queria escuchar, dictó á Baruch, su principal discípulo, todo lo que habia predicho contra Jerusalem y contra toda la nacion. Cuando se le manifestó la profecía al rey Joaquin, este príncipe, incomodado por las desgracias que se le anunciaban, desgarró el escrito con un cortaplumas, y lo arrojó al fuego; pero Dios mandó al profeta que volviese á escribir las mismas amenazas en otro volúmen, y que añadiese aun otras muchas. Esta santa libertad á que le animaba el espíritu de Dios, le expuso, no obstante, á las persecuciones de los judíos. Fué puesto en prision dos ó tres veces; y no pudiendo sufrir los cortesanos de Sedecías que, á pesar de su prision,

echase continuamente en cara á los judíos sus desórdenes, y les anunciase las desgracias que les amenazaban, le arrojaron en una mazmorra llena de lodo. Hubiera perecido en ella, si un etíope llamado Abde-melech, á quien su mérito habia dado un lugar distinguido cerca del rey, no hubiese obtenido de aquel príncipe el permiso para sacarle de ella. Los de la ciudad de Anathoth, pueblo de su nacimiento, fueron, al parecer, los mas empeñados en perseguirle. Sus conciudadanos le amenazaron que le quitarían la vida si persistía en profetizar en nombre del Señor; mas no por eso perdió el ánimo para anunciarles los terribles efectos de la cólera divina, de modo que fué como un milagro el que saliese de sus manos.

Habiendo ido á Jerusalem, continuó sus funestas predicciones con el mismo zelo que antes, diciendo á voz en grito, que el templo no garantizaria á la ciudad de la indignacion del Señor, que la trataria como habia tratado á Siló; añadiendo que la reduciria á ser la execracion de todos los pueblos de la tierra. Habiéndole oido los sacerdotes, el pueblo, y los profetas que eran entonces lo que fueron despues de la vuelta de la cautividad los escribas y los doctores, se arrojaron sobre él, clamando que era preciso quitarle la vida en el instante, para impedir asi que profetizase mas en nombre del Señor. Asieron luego de él, le llevaron á la presencia del rey, y pidieron su muerte, alegando que la habia merecido por haber profetizado contra la ciudad. Reuniéronse para deliberar; y habiendo reconocido los senadores que todo su crimen era, no el haber atraído desgracias á la ciudad, sino haber predicho de parte del

Señor las que la amenazaban, y haber tratado de inclinar el pueblo á la penitencia para evitarlas, le libraron. Jeremías fué despachado absuelto, á pesar del furor del pueblo y del odio de los sacerdotes.

Lejos de amilanarse por tan injustas persecuciones, y á la vista de unos peligros tan frecuentes, se enardeció mas su zelo, y sus predicciones fueron menos vagas y menos oscuras. Predijo que la cólera de Dios iba á estallar inmediatamente sobre Jerusalem, y que el instrumento de que Dios se serviria para castigarla seria Nabucodonosor, rey de Babilonia. Estas últimas amenazas ya tan precisas no fueron todavía poderosas para ablandar aquellos corazones endurecidos. Aun podia haber sido tiempo de apaciguar al cielo irritado, si aquel pueblo infeliz hubiese implorado la clemencia de Dios, y recurrido á la penitencia. El suceso verificó muy pronto todas aquellas funestas predicciones. Nabucodonosor hizo adelantar su ejército hácia el Jordan para entrar en Judea.

Habia al otro lado de este rio ciertos solitarios, llamados *Recabitas* del nombre de Recab, uno de los descendientes de Jethro, suegro de Moisés. Eran gentes dedicadas á una vida muy austera, que no poseian nada, y que en todo tiempo moraban bajo de tiendas. Su abstinencia era asombrosa. Pasaban su vida cantando alabanzas á Dios, acompañando siempre su canto con la sinfonia. Estando ya Nabucodonosor á punto de entrar en su pais con su ejército, se marcharon de allí para ponerse á cubierto de los insultos de los soldados paganos, y habiendo pasado el Jordan, vinieron á refugiarse en Jerusalem como en un asilo. Apenas estuvieron en la ciudad, queriendo Dios confundir á los judíos rebeldes á su voluntad y á su

ley, con el ejemplo de unas gentes tan exactas y tan religiosamente sometidas al instituto que su padre les habia prescrito, dió orden á Jeremias para que los tentase y probase su fidelidad, presentándoles vino para que bebiesen. Llevólos el profeta a todos al templo, y habiéndoles hecho entrar en la cámara del tesoro, hizo que pusiesen delante de ellos tazas llenas de vino, y les dijo que bebiesen. Excusáronse todos, diciendo que habiéndoles su padre Jonadab, hijo de Recab, mandado que jamás bebiesen vino, ni ellos, ni sus hijos, ni toda su posteridad, nada seria capaz de hacerles violar este precepto. Sirviéndose entonces Jeremias de este ejemplo de los Recabitas, hizo ver á los habitantes de Jerusalem que ellos eran inexcusables violando tan insolentemente los mandamientos de su Dios, y con cuánto derecho los Recabitas se levantarían contra ellos, y les acusarían en el gran día de las divinas venganzas. Así tambien debia servirse Jesucristo algun día, con el mismo fin, del ejemplo de los Ninivitas. Todas estas sabias amonestaciones del profeta no produjeron otro efecto que el irritar mas aquel pueblo endurecido. Aproximándose, pues, Nabucodonosor, fué encerrado Jeremias en una prision, para impedirle que fuese á predicar al templo como lo tenia de costumbre. En fin, despues de la toma y del saqueo de Jerusalem, y cumplidos ya todos los males que el profeta les habia anunciado, lejos de reconocerse aquel desventurado pueblo, y convertirse de sus extravíos, la tomó con el santo profeta, que no cesaba de echarle en cara sus disoluciones y su idolatría, por manera que, no pudiendo ya sufrir sus justas y saludables reprensiones, le apedrearon en Taphné. Durante el mayor fuego de las

persecuciones fué cuando Jeremias hizo á Dios la admirable oracion que constituye el asunto de la epistola de la misa de este dia. Es demasidamente visible la analogia que se encuentra entre las persecuciones de Jeremias y las de Jesucristo; la causa del odio y los motivos de los perseguidores son semejantes: por esto se ha mirado siempre este profeta en todo lo que ha sufrido de parte de los judíos por la justicia, como la figura de Jesucristo en su pasion.

El evangelio del dia contiene el decreto de muerte, por decirlo así, dado en la asamblea de los judíos contra el Salvador del mundo.

Era demasiado brillante el milagro de la resurreccion de Lázaro, para no haber hecho grande impresion en los ánimos. Un gran número de los que habian sido testigos de él, habian creído en Jesucristo; al paso que otros, en lugar de rendirse á un milagro tan visible, se endurecieron mas en su incredulidad. Del mismo modo se ven aun todos los dias gentes que se endurecen en el crimen y en el error, escuchando ó leyendo lo que convierte á aquellos que tienen un corazon recto, y cuyo entendimiento no está fascinado por alguna pasion dominante. Los judíos obstinados, habiendo venido de Bethania á Jerusalem, contaron á los fariseos lo que Jesus acababa de hacer, y les confesaron que este milagro habia hecho una grande impresion en los ánimos, y engrosaba cada dia mas el número de sus discipulos. Este maravilloso acontecimiento alarmó mucho la envidia y el odio de los enemigos del Salvador; creyeron que era indispensable juntarse, sin perder tiempo, para deliberar. Verificóse, en efecto, la reunion, compuesta de los pontífices que presidian en ella, de los fariseos, y de

los escribas. No se pensó mas que en buscar algun camino para oprimir al Salvador, como si el bien que hacia por todas partes hubiese sido un mal público al cual debiera ponerse un remedio pronto. Véese aqui la relacion que hay entre la epistola y el evangelio del día. ¿Qué hacemos, decian, en qué pensamos? Este hombre hace muchos milagros, los cuales le dan un crédito extraordinario, y hacen creer al pueblo que es el Mesías. Si le dejamos obrar, todo el mundo creará en él, y muy pronto va á ser reconocido por toda la nacion como rey de los judíos, y el Salvador prometido á nuestros padres; y los Romanos que no pueden reconocer otra dominacion que la suya, vendrán á atacarnos como rebeldes, y destruirán nuestra ciudad, nuestro templo y nuestra nacion. ¡Qué mal se raciocina, ó Dios mio, cuando es la pasion ó el espíritu de partido el que raciocina! Mientras que los fariseos han creido que podian desacreditar los milagros del Salvador, le han atacado como á un enemigo del verdadero Dios. Hoy que se ven forzados á reconocer su poder, tratan de perseguirle como á un enemigo del estado. De esta manera el espíritu del error lo hace servir todo á sus designios para perder á un adversario temible. Pero ¿en qué ha venido á parar toda esta prevision de la sinagoga? En el mal mismo que ella creia evitar. Parece que los judíos tienen miedo de que el pueblo elija á Jesucristo por rey, y que los Romanos en tal caso traten á su nacion como rebelde y la destruyan; pero el crimen á que los conduce este temor imaginario, atrae muy pronto sobre toda la nacion la desgracia que aparentaban querer evitar.

Despues que se hubo discutido el asunto, Caifás,

que presidia la asamblea en cualidad de gran sacerdote, cuyas principales funciones ejercia en aquel año, tomando la palabra: Vosotros no lo entendeis, les dijo, no advertis que es interés nuestro que muera un hombre solo por todos los demás, y que, á menos que todos queramos perecer, es indispensable sacrificar un hombre para salvar á toda la nacion. El evangelio añade que no habló así de su cabeza, sino que, como era gran sacerdote, dijo guiado de un espíritu profético que Jesucristo debía morir por la salud de la nacion. ¡Qué admirable es Dios en los medios que emplea para ejecutar sus designios! la pasion, el error mismo, sirven aquí, segun sus miras, de órgano á la verdad. Caifás animado del odio contra Jesucristo concluye que se le debe quitar la vida para salvar al pueblo, y sus palabras, tomadas en el sentido que él las da, son absolutamente falsas, puesto que á la muerte de Jesucristo debe seguirse la destruccion de la nacion judaica. Pero Caifás es el soberano pontífice, y sus palabras entendidas en el sentido del Espíritu Santo, que habla en esta ocasion por su boca, son el decreto de muerte fulminado contra Jesucristo por su Padre para la salud de los judíos y de los gentiles. Quedó, pues, resuelta la muerte de Jesucristo en esta asamblea: ya no se pensó mas en deliberar sobre esto, sino solamente en tomar los medios seguros de ejecutar la resolucion que habian tomado.

Por secreta que fuese la deliberacion, no lo era ciertamente para aquel á quien nada se puede ocultar. Pero como aun no habia llegado el día señalado por su Padre, no quiso el Salvador presentarse ya en los parajes públicos, y se retiró al país vecino del de-

sierto, á una ciudad llamada Ephrem, y allí se mantuvo con sus discípulos. ¡Cosa extraña! lo que determina á los judíos para hacer morir á Jesucristo, es el haber resucitado un muerto que hacia cuatro dias estaba enterrado; esto es, porque ha hecho el mas grande y el mas sorprendente de todos los milagros, y que únicamente podia obrar la omnipotencia de Dios. Es preciso quitarle la vida, porque prueba invenciblemente que él es el Mesías prometido, y lo demuestra de un modo positivo con el mas admirable de todos los milagros. ¿Podian darse mas á conocer la pasion mas furiosa, la impiedad, la irreligion?

En muchas iglesias se celebra en este dia la fiesta de la Compasion de la santísima Virgen, ó de Nuestra Señora de la Piedad, que en algunas otras se celebra bajo el título de la fiesta de las Angustias de la santísima Virgen, y en otras bajo el de la fiesta de Nuestra Señora de los siete Dolores. La parte que la santísima Virgen ha tenido en la pasion y en la muerte de su divino Hijo, en la que ha sentido de la manera mas viva todos los dolores que él ha sufrido, todos los oprobios de que él ha sido harto, todas las amarguras que han inundado su alma, todo esto ha dado ocasion á esta piadosa é interesante solemnidad. Celebrábase esta fiesta con mucha devocion en toda España, y es fiesta de obligacion desde que fué aprobada por el papa Clemente X: es muy célebre en la iglesia de París, y su officio es muy selecto y muy propio de esta fiesta. El modo afectuoso y tierno con que los santos padres hablan de lo que interiormente padeció la santísima Virgen en todo el curso de la pasion de Jesucristo, que ellos llaman la pasion y martirio de la santísima Virgen, hace ver bastante la veneracion y la devocion

singular que los fieles han profesado en todos tiempos á las amarguras de esta madre afligida, las cuales han movido á la Iglesia á darle el glorioso título de Reina de los mártires. La fiesta de la Compasion de la santísima Virgen ó de Nuestra Señora de la Piedad fué instituida ó prescrita el año 1423, en el concilio de Colonia, para reparar en alguna manera lo que los herejes habian hecho contra el honor y culto de esta desventurada madre, contra la que, á ejemplo de los herejes de todos tiempos, habian vomitado mil blasfemias, condenando sobre todo las imágenes que representaban á la santísima Virgen con su Hijo muerto en sus brazos despues de habérsele desenclavado de la cruz. Hásele dado á esta fiesta el nombre de Compasion de la santísima Virgen, esto es, de la santísima Virgen compaciente, y como participante de todas las humillaciones y de todas las penas de su amantísimo Hijo, siendo, dice san Bernardo, la pasion del Hijo al mismo tiempo la pasion dolorosa de la Madre. En algunas partes se le ha asignado á esta fiesta un dia fijo en el calendario, con el fin de hacer de ella una preparacion para celebrar la pasion de Jesucristo; se la ha colocado en el 18 de marzo, ocho dias antes del 25, que es el dia en que se cree que el Salvador murió. En otras partes se ha creido mas á propósito hacerla movable, y para darle tambien mas proporcion con la de su Hijo se la ha asignado el viernes que precede al Viernes santo. Tambien se ve en algunos lugares celebrarse la fiesta de las Angustias de la santísima Virgen, ó de Nuestra Señora de los siete Dolores, el sábado, vispera del domingo de Ramos, como dia de la semana singularmente consagrado á la devocion de la santísima Virgen.

Puédesse tambien referir á este día otra fiesta llamada de la Pasion de la santísima Virgen, que era muy antigua en Oriente, y que se llamaba en Francia *Notre-Dame de Pámoison*, esto es, Nuestra Señora del Desmayo, que es poco mas ó menos la misma que la de Nuestra Señora de la Piedad. El cardenal Cayetano testifica que en su tiempo se celebraba esta fiesta con mucha solemnidad, y aun con octava desde el domingo de Pasion hasta el domingo de Ramos. Todo esto hace ver los sentimientos de ternura, de reconocimiento y de veneracion que han dominado siempre en la Iglesia hácia las penas interiores de la santísima Virgen, inseparables de las del Salvador. En efecto, ella las ha padecido por causa nuestra, así como el mismo Salvador las habia aceptado por nuestro amor.

No puede dudarse de que la santísima Virgen estuviere perfectamente instruida acerca del misterio de nuestra redencion desde que fué constituida madre del Salvador, y de que conociese todas sus circunstancias. Habiéndola elegido el Eterno Padre para madre de su Hijo, le habia dado sobre este Hijo todos los derechos que una madre puede tener sobre su hijo. Era, pues, necesario que ella consintiese en su muerte y en su sacrificio por la salud de los hombres; este es el sacrificio que ella hizo de este Hijo amado, cuando fué por si misma á ofrecerle al templo, en donde el profeta Simeon la predijo que la pasion del Hijo seria al mismo tiempo la pasion de la Madre: este niño, le dice, está en el mundo para ser blanco á la contradiccion; como si dijese, que los judíos disputarian, en cierto modo, entre sí, sobre quién haria sufrir al Mesias mas afrentas y malos tra-

tamientos, y que vendria á ser el objeto de su odio y de su crueldad: y tú misma verás traspasada tu alma con una espada, esto es, sentirás dentro de tí el dolor mas vivo: los ultrajes que se harán á tu Hijo, serán para tí como otras tantas cuchilladas que se clavarán en tu pecho. El dolor que sentirás será mas cruel que la muerte misma, y si no mueres con tu Hijo, será para morir tantas veces cuantas le vieres sufrir. Por nuestro amor consiente Maria en la muerte de su Hijo, y acepta todo lo que debe costarle la pasion y la muerte de este Hijo querido por la salud de los hombres: era, pues, muy justo que, celebrándose por espacio de quince días la pasion y la muerte del Salvador de los hombres, hubiese á lo menos un día consagrado para celebrar la pasion de la santísima Virgen, y todo lo que ha sufrido por nuestro amor; y hé aquí el principal motivo y el objeto de esta fiesta.

No es posible comprender lo que la santísima Virgen ha sufrido durante la pasion y la muerte del Salvador, y todo por la salud de los hombres. *Era un mismo holocausto el de Jesus y el de Maria*, dice Arnaldo de Chartres (1), *los dos se ofrecian á un mismo tiempo; Maria en la sangre, por decirlo así, que corria de su corazon, y Jesus en la sangre que corria de todas las venas de su cuerpo. El amor compasivo hacia en el alma de la madre, lo que los clavos, los azotes y la lanza hacian en el cuerpo adorable del Hijo. La Virgen ha sufrido, añade, mas allá de lo que la flaqueza de su sexo y las fuerzas de la naturaleza humana pueden sufrir; porque estaba mas atormentada con los tormentos de su Hijo, que si ella misma los hubiese sufrido, en razon de que amaba mas que á si misma lo que era*

(1) De laudib. Virgin.